



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli

APUNTES FILOSÓFICOS ¹

Alejandro Korn

I

La filosofía -así en singular-, no existe. Esta palabra no significa más que amor al saber. Expresa una actitud, un anhelo, un estado de ánimo: el deseo de llevar nuestro conocimiento hasta sus últimos límites. No es, pues, un saber concreto y transmisible sino una actitud espiritual: en ocasiones, ésta se puede sugerir y aún encaminar, cuando preexiste una disposición espontánea. Se adquiere así el hábito de dar al pensamiento una dirección determinada, a vincular el caso particular a conceptos generales, a ver en el hecho más común un problema, a empeñar el esfuerzo de la mente en una contienda con lo desconocido, a superar la limitación individual. Y esta tensión espiritual, este afán de saber, es el mejor provecho de los estudios filosóficos. La mera erudición es un peso muerto, como la carga de una acémila.

Si se hace de la filosofía un cuero de enseñanzas sistematizadas se descubre un conjunto de teorías elaboradas al margen del proceso histórico de la humanidad. La

¹ Korn, Alejandro, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1949, p.300-302.

filosofía, no sólo en las distintas épocas, cuanto también en sus manifestaciones coetáneas, reviste una amplitud, una forma y un contenido de la más abigarrada diversidad. No es posible comprender esta multiplicidad en una fórmula precisa: toda definición resulta específica; no se refiere a la filosofía en general, sino a una determinada doctrina.

Solamente la historia puede servir de guía. La continuidad de la evolución mantiene cierto nexo entre las fases sucesivas de las creaciones filosóficas. Y eso solamente dentro del horizonte de un ciclo cultural circunscrito. Jamás ha existido una doctrina universal. Aún dentro del ámbito de la cultura d Occidente, que por cierto no es el único, la especulación filosófica presenta un marcado carácter étnico.

Cada generación continúa la obra de sus predecesores pero también la altera y la transmuta; conserva el viejo término tradicional pero modifica su sentido y su concepto. La palabra *filosofía* acaba por designar el estuche destinado a guardar en todo tiempo la joya más apreciada. Desde luego, no existe la filosofía; existen muchas escuelas y posiciones filosóficas. Son productos del proceso histórico y solamente en su proyección histórica se explican y se coordinan.

En el desarrollo de la cultura europea la especulación, iniciada por la obra genial de los griegos, se extiende a través de veinticinco siglos. Nace cuando el mito religioso empieza a perder su dominio exclusivo, a fin de sustituir las ficciones poéticas de la imaginación por una solución racional de los problemas humanos. Abarcó entonces, y por mucho tiempo, la totalidad del saber teórico, sin distinguir entre el conocimiento empírico y el especulativo, ni entre las nociones reales y las construcciones formales. En la antigüedad empezaron a separarse algunas disciplinas especializadas – matemáticas, astronomía, derecho- pero la Edad Media, aunque de mala manera, sólo distinguía entre ciencia sagrada y ciencia profana, esto es, entre teología y filosofía. Desde el siglo XVII comienzan a diferenciarse los integrantes del conglomerado filosófico, las ciencias de la naturaleza asumen su autonomía, dividen entre sí la exploración de la realidad objetiva y crean al efecto sus métodos propios. Este acontecimiento, el más importante de la cultura moderna, restringe poco a poco la esfera

de la filosofía y la limita en lo esencial, al estudio de la actividad psíquico- biológica, teoría del conocimiento, psicología, ética, estética, pero le supone la misión de unificar la totalidad del saber en una concepción metafísica, llamada a despejar las últimas incógnitas. Esta soldadura de dos tareas muy distintas aún subsiste; todavía hay quienes identifican la filosofía con la metafísica, el examen de una realidad empírica subjetiva u objetiva, con la ilación aventurada de una realidad que no nos es dada en experiencia alguna. Convendría distinguir uno de lo otro. La diferencia no es baladí. Como la filosofía se apartó de la teología y como las ciencias exactas se separaron de la filosofía, convendría desligarla también de la metafísica. Así se deslindarían tres dominios bien circunscritos: la ciencia, la filosofía y la metafísica. Por fin terminaría una confusión explicable por su génesis histórica, pero reñida con el estado actual de las cosas. Habrá ocasión más adelante de volver sobre este tema. Entretanto tropezamos aquí, en la definición misma de la filosofía, con la imprecisión y vaguedad de los términos.

II

Términos son las voces que, como expresiones técnicas, se emplean con un significado convenido en las obras de filosofía. Para expresarse, la reflexión filosófica se vale de palabras. De la lengua vernácula selecciona ciertos vocablos o los inventa adrede, para emplearlos en una acepción propia. La terminología constituye un léxico específico y en casos extremos una jerga gremial. El conocimiento de estos términos se ha de adquirir, aún a riesgo de hallar tras de los más oscuros e enigmáticos una simpleza verbal. Son imprescindibles e inevitables; no siempre se los puede reemplazar por un circunloquio. De su empleo correcto dependen la claridad, la eficacia y el enlace lógico de la exposición.

Una gran parte de las polémicas filosóficas son grescas verbales, son meras disquisiciones terminológicas. Muchas veces la novedad de una doctrina se reduce a una modificación de la terminología; ideas antiquísimas se expresan con otras palabras. Los grandes filósofos se forjan una terminología: los filósofos pequeños la embrollan. Es que los términos rara vez son unívocos. Siempre comprenden acepciones y matices múltiples, difíciles de deslindar; luego se emplean ya en su sentido literal, ya como metáfora. He aquí un caso: el término *intuición* se aplica unas veces a lo evidente en el

sentido sensible, otras a la evidencia figurada de una visión poética o mística. Muchos términos soportan el lastre de una larga historia; en el transcurso de los siglos persisten, pero su significado primitivo se corrompe y al fin representan un concepto muy distinto y aún contradictorio. Véase la palabra *realismo*; el Diccionario de la Academia sólo registra el sentido anticuado; en la actualidad se la emplea en sentido opuesto. La diversidad de las lenguas contribuye también a equívocos, pues ninguna traducción puede dar una versión exacta. Hegel utiliza como un concepto fundamental el verbo *aufheben*, en el cual coincide el sentido de los verbos castellanos *levantar*, *suprimir* y *conservar*. El término técnico que en filosofía debiera ser más preciso, es, por el contrario, siempre ambiguo. De ahí tanto malentendido y para el principiante una dificultad enorme.

Semejante vicio nunca se ha desconocido, y las tentativas de subsanarlo no han faltado. Pero es irremediable. Mientras el proceso histórico no cristalice en formas definitivas, tampoco la filosofía hallará una terminología definitiva. En tanto la cultura humana y, desde luego la evolución de las ideas inmanentes, sea un impulso dinámico, un proceso vivo, cada época ha de crear su concepción filosófica, y con ella su expresión idiomática. El remedio precario para mantener la continuidad y la universalidad del pensamiento especulativo es la *definición*.